

Elites, Estado y política económica en Colombia

Durante el segundo tercio del siglo XX*

EDUARDO SÁENZ ROVNER

EDUARDO SÁENZ ROVNER, historiador y economista, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia

En este trabajo se analizará el tema de las élites y las políticas económicas en Colombia desde comienzos de los años 30 hasta los inicios de los años 50. El caso colombiano se discutirá dentro del contexto latinoamericano, argumentándose que a pesar de las peculiaridades de su historia, los eventos del segundo tercio del

siglo en Colombia se enmarcan en tendencias generales a través del continente.

Es equivocado pensar que la Gran Depresión convirtió a los gobiernos latinoamericanos, incluido el colombiano, en firmes protectores de los sectores industriales a través de sus políticas comerciales como señalan algunos autores para quienes «[con]

* Este escrito es una versión revisada de la ponencia que el autor presentó en el seminario internacional «Einheimische Eliten, Staat und Ausländische Unternehmen in Lateinamerika in Geschichte und Gegenwart» («Elites nacionales, Estado y empresas extranjeras en América Latina desde la Independencia hasta la época actual»), que tuvo lugar en la Universität Erlangen-Nürnberg, Alemania, entre el 3 y el 5 de marzo de 1997.

Tanto la ponencia original como este artículo recogen resultados de diferentes publicaciones realizadas por el autor, con nuevos datos y análisis para colocar el caso colombiano en el contexto latinoamericano (por razones de espacio y presentación se excluye en esta publicación una sección sobre la historia petrolera de Colombia en la primera mitad del siglo XX que hizo parte de la ponencia).

El autor agradece la amable invitación del profesor Thomas Fischer (Universität Erlangen-Nürnberg), lo mismo que la colaboración de los profesores Walther L. Bernecker (Universität Erlangen-Nürnberg) y Hans-Joachim König (Katholische Universität-Eichstätt), para participar en el seminario antes mencionado. También se agradecen las sugerencias del evaluador anónimo de la revista *Análisis Político*.

la depresión mundial de comienzos de los años treinta... los gobiernos se involucraron estrechamente con el proceso de industrialización...»⁽¹⁾ Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith, autores de una muy conocida historia moderna de América Latina, señalan que los gobiernos latinoamericanos «se embarcaron en [políticas de] industrialización» a partir de los años 30⁽²⁾. Para los politólogos Howard J. Wiarda y Harvey F. Kline «el año 1930 trajo un cambio pivotal en la historia latinoamericana [...] Los nuevos mandatarios de América Latina... se orientaron cada vez más hacia la industrialización...»⁽³⁾

Pero, tal y como señala Victor Bulmer-Thomas, a pesar de las dificultades de la década de los años 30, los gobiernos latinoamericanos siguieron confiando en sus sectores primarios y en el esquema de crecimiento -o de recuperación económica- hacia afuera⁽⁴⁾. De hecho, varios gobiernos latinoamericanos, incluido el colombiano, respondieron a la Gran Depresión firmando convenios comerciales que protegerían sus exportaciones de productos primarios, así tuviesen que sacrificar los intereses de los sectores industriales. Dentro de esta política, tanto Colombia como un número

importante de países latinoamericanos firmaron convenios comerciales con países industrializados, principalmente con los Estados Unidos. El gobierno de Franklin D. Roosevelt tuvo como meta firmar una serie de convenios que protegiesen sus sectores productivos y ampliarasen su comercio internacional. Norteamérica firmó un total de 37 acuerdos, un buen número de ellos con países latinoamericanos⁽⁵⁾.

El primero de estos convenios fue firmado con Cuba. Aunque no había un interés industrial en la isla que se opusiese a la entrada de productos norteamericanos, los Estados Unidos estaban preocupados por la competencia de las manufacturas japonesas y belgas en el país caribe⁽⁶⁾.

Brasil y los Estados Unidos firmaron un convenio comercial en 1935. La Federación Brasileña de Industrias presionó para que el tratado no fuese ratificado ya que afectaría sus intereses. A su vez, Hull presionó al Ejecutivo brasileño mencionando que podía haber retaliaciones que consistirían en aumentar los aranceles sobre los productos brasileños (especialmente el café), y en establecer nuevas condiciones sobre la deuda externa del Brasil. Ante esto, Getulio

⁽¹⁾ Véase Robert N. Gwynne, *Industrialization and Urbanization in Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986, p. 23.

⁽²⁾ Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith, *Modern Latin America*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1984, p. 58 [Existe traducción al castellano].

⁽³⁾ Howard J. Wiarda y Harvey Kline, «The Acceleration of Modernization, 1930 to the Present», en Wiarda y Kline, compiladores, *Latin American Politics and Development*, Westview Press, Boulder, 1990, p. 39.

⁽⁴⁾ Victor Bulmer-Thomas, «The Latin American Economies, 1929-1939», en Leslie Bethell, editor, *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1994, vol. VI, parte I, p. 65; *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1994, pp. 219-222.

⁽⁵⁾ Véase Cordell Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, The Macmillan Company, Nueva York, 1948, vol. I, capítulo 27. Véanse también Lloyd C. Gardner, *Economic Aspects of New Deal Diplomacy*, Beacon Press, Boston, 1971, *passim*; Alfred E. Eckes, Jr., *Opening America's Market. U.S. Foreign Trade Policy since 1776*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995, pp. 140-142.

⁽⁶⁾ Véanse Statement of Mr. Sumner Welles, Issued by the Department of State as a Press Release, abril 24 de 1933 (National Archives, Washington, D.C.; en adelante citados como NA): 711.37/178; The Secretary of State to the Ambassador in Cuba, abril 3 de 1934, NA: 611.3731/581a; The American Technical Advisers to the Ambassador in Cuba, abril 13 de 1934, NA: 611.3731/600; Memorandum, the Department of State to the Cuban Embassy, agosto 1 de 1934, NA: 611.3731/1185a; «Reciprocal Trade» [Cuba], en Charles I. Bevans, compilador, *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776-1949*, U.S. Government Printing Office, Washington, 1971, vol. 6, pp. 1163-1172.

Vargas tomó cartas en el asunto y forzó a los diputados brasileños a que confirmasen el convenio, así éste afectase los intereses industriales de su país⁽⁷⁾.

La misma Argentina firmó el tratado Roca-Runcinam con los británicos en 1933. Esto, con el fin de defender el principal mercado para sus exportaciones. Años después, con el cierre de los mercados europeos durante la Segunda Guerra Mundial, la Argentina firmó un convenio comercial con los Estados Unidos el cual no tuvo mayores repercusiones, ya que Norteamérica «mantuvo casi cerrada la puerta a los principales productos argentinos, carne y cereales», en palabras del historiador David Rock. El mismo Rock señala que, a pesar del crecimiento del sector industrial, no hubo una política deliberada de sustitución de importaciones en la Argentina en los años treinta, ya que sucesivos gobiernos argentinos esperaban un regreso al pasado previo a la Gran Depresión. Sólo la carencia de manufacturas extranjeras debida a los racionamientos de la Segunda Guerra Mundial le indicaron al

gobierno sobre la necesidad de estimular la industria nacional⁽⁸⁾.

Mirando el caso colombiano, la mayor parte de la literatura sobre el desarrollo económico de Colombia durante las décadas de los años 30 y 40 del presente siglo, argumenta que el Estado nacional promovió el desarrollo industrial en esa época. Las administraciones liberales de Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos son presentadas por académicos de diferentes disciplinas como representantes de una naciente burguesía industrial, y como agentes de un proceso de modernización en una nación supuestamente feudal, que había sido gobernada durante casi 50 años por el Partido Conservador⁽⁹⁾.

Sin embargo, las políticas económicas de las administraciones liberales mencionadas estaban muy lejos de proteger al sector manufacturero a expensas de otros sectores de la economía. Olaya Herrera (presidente entre 1930 y 1934), por ejemplo, preocupado por la caída de los ingresos

⁽⁷⁾ Véanse «Reciprocal Trade» [Brazil], en Charles I. Bevans, compilador, *Treaties and other International Agreements of the United States of America, 1776-1949*, Department of State, Washington, 1970, vol. 5, pp. 849-859; The Chargé in Brazil to the Secretary of State, junio 6 de 1935, NA: 611.3231/963; The Chargé in Brazil to the Secretary of State, junio 29, 1935, NA: 611.3231/970; The Ambassador in Brazil to the Secretary of State, agosto 23, 1935, NA: 611.3231/991; The Ambassador in Brazil to the Secretary of State, agosto 27 de 1935, NA: 611.3231/997; The Secretary of State to the Ambassador in Brazil, agosto 26, 1935; Memorandum by the Secretary of State, agosto 27, 1935, NA: 611.3231/998; The Ambassador in Brazil to the Secretary of State, agosto 29 de 1935, NA: 611.3231/1000; The Ambassador in Brazil to the Secretary of State, septiembre 12 de 1935, NA: 611.3231/1015; The Chargé in Brazil to the Secretary of State, noviembre 14 de 1935, NA: 611.3231/1074.

⁽⁸⁾ Véanse Memorandum by the Chief of the Division of Commercial Treaties and Agreements, y Annex 4, Draft Proposal for Sliding Scale of Tariff Reductions, febrero 6, 1941, NA: 611.3531/1628; The Secretary of State to President Roosevelt, marzo 14, 1941, NA: 611.3531/1643; «Reciprocal Trade» [Argentina], en Bevans, compilador (1970), *op. cit.*, pp. 102-116; Sir R. Macleay to Sir John Simon, febrero 2 de 1933, Foreign Office Confidential Print (en adelante citado como FO): Doc. 109 [A 1606/48/2]; Sir R. Lindsay to Sir John Simon, mayo 11 de 1933, FO: Doc. 8 [A 3945/48/2]; Sir R. Macleay to Sir John Simon, junio 6 de 1933, FO: Doc. 42 [A 5162/48/2]; Joseph Tulchin, *Argentina and the United States. A Conflicted Relationship*, Twayne Publishers, Boston, 1990, pp. 54-55; David Rock, *Argentina 1516-1987, From Spanish Colonization to Alfonsín*, University of California Press, Berkeley, 1987, pp. 223-225, 237-244.

⁽⁹⁾ Véanse, por ejemplo, Mario Arrubla, «Síntesis de Historia Política Contemporánea», en Mario Arrubla et al., *Colombia Hoy, Siglo XXI*, Bogotá, 1978, p. 188; Bruce M. Bagley, *Political Power, Public Policy and the State in Colombia: Case Studies of the Urban and Agrarian Reforms during the National Front, 1958-1974*, Tesis de Ph.D., University of California, Los Angeles, 1979, p. 50; Jesús Antonio Bejarano, «La economía», en Jaime Jaramillo Uribe, compilador, *Manual de Historia de Colombia*, Procultura,

fiscales como resultado de la crisis de 1929, estaba además especialmente interesado por asegurar mercados internacionales y mejores precios para las exportaciones de café, y por atraer capital extranjero para explotar los recursos petroleros del país. Su experiencia como ministro colombiano ante el gobierno de los Estados Unidos muy probablemente lo había convencido de no perseguir una política de autarquía económica, ya que consideraba que Norteamérica era la nación ideal como fuente de capital y tecnología, lo mismo que un mercado perfecto para los bienes primarios colombianos⁽¹⁰⁾. Sin embargo, para aumentar los ingresos del gobierno y evitar la salida de las reservas de oro, su administración aumentó los aranceles y prohibió las importaciones de varios productos *industriales y agrícolas*, y

estableció en 1931 un sistema de control de cambios. Meses más tarde, algunas restricciones a las importaciones fueron abolidas para evitar retaliaciones comerciales de otras naciones⁽¹¹⁾. Por tanto, la protección que los industriales recibieron no fue el resultado de un programa de sustitución de importaciones, sino la consecuencia de una política comercial contraccionista promulgada por la administración de Olaya. Tal como lo estableció muy claramente su ministro, Esteban Jaramillo, el café era el «factor predominante... en la economía del país y en su comercio internacional». En conformidad, los cafeteros fueron incluso apoyados por el gobierno a través de subsidios a las exportaciones de café⁽¹²⁾.

En 1933, por iniciativa del gobierno norteamericano se iniciaron conversaciones

Bogotá, 1982, vol. II, pp. 42-46, 57, 62-5, 77; Alberto Corchuelo, «El desarrollo industrial y sus perspectivas futuras», en Cámara de Comercio de Bogotá, *Colombia Siglo XXI*, ARFO Ltda., Bogotá, 1990, tomo II, p. 379; Homero Cuevas, «La estructura industrial colombiana», en Rodrigo Manrique M., compilador, *Controversias sobre economía colombiana*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1976, pp. 135, 137; Robert H. Dix, *Colombia: The Political Dimensions of Change*, Yale University Press, New Haven, 1967, p. 85; José Escorcia, *Historia de Colombia. Siglo XX*, Universidad del Valle, Cali, 1983, pp. 112, 121, 152, 167, 173; Alberto Mayor Mora, «Historia de la industria colombiana. 1930-1968», en Alvaro Tirado Mejía, compilador, *Nueva Historia de Colombia*, Planeta, Bogotá, 1989, tomo V, pp. 333-35, 341-42; Darío Mesa, *Ensayos sobre historia contemporánea de Colombia*, La Carreta, Medellín, 1977, p. 134; Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia, 1915-1934*, Tercer Mundo, Bogotá, 1978, pp. 245-247, y *Las ideas liberales en Colombia. De 1935 a la iniciación del Frente Nacional*, Tercer Mundo, Bogotá, 1978, p. 23; José Antonio Ocampo, Joaquín Bernal, Mauricio Avella y María Errázuriz, «La consolidación del capitalismo moderno (1945-1986)», en José Antonio Ocampo, compilador, *Historia económica de Colombia*, Fedesarrollo y Siglo XXI, Bogotá, 1987, p. 260; Francisco Posada, *Colombia: Violencia y Subdesarrollo*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1969, pp. 93-98; Oscar Rodríguez Salazar, *Efectos de la gran depresión sobre la industria colombiana*, Ediciones Tigre de Papel, Bogotá, 1973, p. 99; Thomas C. Tirado, *Alfonso López Pumarejo el Conciliador*, Planeta Colombiana, Bogotá, 1986, p. 115; Jan Peter Wogart, *Industrialization in Colombia: policies, patterns and perspectives*, J.C.B. Mohr, Tübingen, 1978, pp. 24-25.

⁽¹⁰⁾ Banco de la República, «Discurso-programa pronunciado por el Excelentísimo señor doctor Enrique Olaya Herrera al tomar posesión de la Presidencia de la República ante el Congreso de Colombia, el día 7 de Agosto de 1930», en *Suplemento de la Revista del Banco de la República*, No. 34, agosto de 1930, pp. 3-4.

⁽¹¹⁾ Véanse República de Colombia, Ministerio de Hacienda y Crédito Público, *Decretos de carácter extraordinario dictados por el Ejecutivo Nacional en desarrollo de las facultades económicas conferidas por las Leyes 99 y 119 de 1931*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1931, pp. 11-13, 45-61; *Memoria que presenta el Ministro de Hacienda y Crédito Público al Congreso Nacional en las sesiones ordinarias de 1931*, Librería Nueva-Casa Editorial, Bogotá, 1931, p. 87; *Memoria de Hacienda*, 1932, Imprenta Nacional, Bogotá, 1932, pp. 55-57, 110.

⁽¹²⁾ Véanse *Memoria de Hacienda*, 1932, *op. cit.*, pp. 106-109; República de Colombia, *Memoria de Hacienda*, 1933, Editorial Minerva, Bogotá, 1933, pp. 27-28.

para la firma de un convenio comercial entre los Estados Unidos y Colombia⁽¹³⁾. Olaya aceptó la propuesta a pesar de la decidida oposición de la Federación Nacional de Industriales⁽¹⁴⁾. Además, Olaya fue muy claro en que su gobierno no haría concesiones que perjudicasen a los productores agrícolas⁽¹⁵⁾. Aunque el convenio se firmó, éste no fue aplicado inmediatamente ya que según el Acta de Convenios Comerciales aprobada por el congreso norteamericano en 1934, todos los proyectos de convenio tendrían que recibir audiencia pública y consultar los intereses privados domésticos en los Estados Unidos⁽¹⁶⁾.

Alfonso López Pumarejo también estaba muy lejos de ser el hombre que representaba los intereses de los industriales. La firma de su padre había controlado alrededor del cuarenta por ciento de las exportaciones de café colombiano en la segunda década del siglo. Antes de dedicarse de lleno a la política, López trabajó en Colombia para un banco

norteamericano y para una compañía también norteamericana que negociaba con café⁽¹⁷⁾. Además, en diciembre de 1933, como jefe de la delegación colombiana en la Conferencia Panamericana en Montevideo, López atacó las políticas proteccionistas de los países europeos y aplaudió las propuestas de Cordell Hull para promover el libre cambio entre los países del Hemisferio Occidental. Según López, las economías de Colombia y los Estados Unidos eran «complementarias», y además alabó la Política del Buen Vecino del presidente Roosevelt⁽¹⁸⁾.

En 1935, ya como presidente, López dio instrucciones a su hermano Miguel, ministro colombiano en Washington, para que retomase las negociaciones sobre el tratado comercial entre los dos países. Este acuerdo redujo los aranceles de casi 200 productos norteamericanos. A cambio, algunos productos colombianos como el café no pagarían tarifas de aduana, ni impuestos domésticos en los Estados Unidos⁽¹⁹⁾.

⁽¹³⁾ Véanse The Acting Secretary of State to the Chargé in Colombia, julio 12 de 1933, NA: 621.2131/30; The Chargé in Colombia to the Acting Secretary of State, julio 17 de 1933, NA: 611.2131/20.

⁽¹⁴⁾ Véanse The Chargé in Colombia to the Acting Secretary of State, julio 17 de 1933, NA: 611.2131/21; The Chargé in Colombia to the Acting Secretary of State, agosto 15 de 1933, NA: 611.2131/71.

⁽¹⁵⁾ The Chargé in Colombia to the Secretary of State, agosto 28 de 1933, NA: 621.2131/78.

⁽¹⁶⁾ The Acting Secretary of State to the Chargé in Colombia, agosto 28, 1934, NA: 611.2131/205b.

⁽¹⁷⁾ Véanse Daniel Pécaut, «Politique du café et démocratie civile restreinte: le cas de la Colombie», en *Cultures et Développement*, 12, No. 3-4 (1980), p. 484; Eduardo Zuleta Angel, *El presidente López Pumarejo*, Ediciones Gamma, Bogotá, 1986, pp. 15-25.

⁽¹⁸⁾ República de Colombia, *La política internacional*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1938, pp. 39-41, 57-59; Alfonso López Pumarejo, «La política panamericana del presidente Roosevelt», en Alfonso López Michelsen, compilador, *Alfonso López Pumarejo, polemista político*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1986, p. 265. Los países latinoamericanos resentían las políticas de los gobiernos republicanos en términos de intervenciones armadas lo mismo que altos aranceles contra sus productos. La Política del Buen Vecino y la Conferencia de Montevideo ratificaron el interés de los Estados Unidos en no intervenir —al menos en teoría— y en rebajar los aranceles. Véase Hull, *op. cit.*, vol. I, capítulos 23-24.

⁽¹⁹⁾ Véanse The Acting Secretary of State to President Roosevelt, diciembre 4 de 1933, NA: 611.2131/137; «Reciprocal Trade» [Colombia], en Bevans (1971), *Op. cit.*, pp. 913-921; United States Congress, *The Statutes at Large of the United States of America*, 74th Congress, 1935-1936, vol. XLIX, U.S. Government Printing Office, Washington, 1936, pp. 3875-3915; República de Colombia, *Memoria de Hacienda, 1935-1936*, Editorial Nueva Bogotá, Bogotá, 1936, pp. 102-103. Además, López Pumarejo benefició aún más a los exportadores de café que a los cultivadores del grano. Véanse Otto Morales Benítez, *Historias económicas del café y de Don Manuel*, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1990, capítulo II; Robert H. Bates, *Open-Economy Politics. The Political Economy of the World Coffee Trade*, Princeton University Press, Princeton, 1997, capítulo 3.

Como resultado de la drástica reducción del intercambio internacional durante la Gran Depresión, Colombia también aplicó una política de compensación comercial en sus negocios con otros países. Dicha política consistía en que Colombia sólo adquiriría bienes de un país en particular en una cantidad equivalente (en términos monetarios), a lo que este último importase de Colombia. Naturalmente, sus exportaciones consistían básicamente en café. Una consecuencia de esta política de compensación fue que Colombia denunciara varios tratados comerciales como los que tenía con Gran Bretaña y Japón, y redujera considerablemente su comercio con la mayoría de las naciones europeas y con los japoneses. Otro de los resultados de esta política fue que Alemania se viera estimulada a aumentar sus exportaciones de manufacturas a Colombia al triplicar, entre 1934 y 1938, sus importaciones de café colombiano, gran parte del cual reexportó a otros países. La implementación del Tratado Comercial de 1935 con los Estados Unidos y la aplicación de los acuerdos de compensación implicaron que, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría del intercambio internacional de Colombia se tuviese con los norteamericanos y con los alemanes⁽²⁰⁾.

En cuanto a la relación entre López y el sector manufacturero, el primero alienó a los industriales no sólo al centrar su política en la búsqueda de mercados cafeteros en el

exterior (además de sus viejas ideas librecambistas), sino también por sus políticas laborales, y por su insistencia en que las fábricas colombianas debían consumir materias primas nacionales que los industriales consideraban más caras y de menor calidad que las extranjeras⁽²¹⁾. En junio de 1937, López concedió una prolongada entrevista en la cual enfatizó su defensa de los agricultores colombianos y justificó los aumentos al arancel en contra del algodón importado, aunque esto último, según sus palabras, fuese «contra el concepto muy decidido de los industriales»⁽²²⁾. Ese mismo año su gobierno apoyó los intentos de la British American Tobacco Company para penetrar los mercados colombianos, a pesar de la fuerte oposición de la Compañía Colombiana de Tabaco⁽²³⁾.

En 1940, Eduardo Santos y su ministro de Hacienda, Carlos Lleras Restrepo, fundaron el Instituto de Fomento Industrial, IFI. El objetivo inicial del Instituto era promover la creación de factorías que produjesen bienes intermedios para la industria (los cuales eran difícilmente obtenibles en el mercado internacional como consecuencia de la guerra). A su vez las industrias promovidas por el Instituto supuestamente debían utilizar materias primas locales⁽²⁴⁾.

Pero cuando se presentaron conflictos de intereses entre terratenientes e industriales, el gobierno de Santos defendió a los productores nacionales de insumos agrícolas⁽²⁵⁾. Además, ganaderos y

⁽²⁰⁾ *Memoria de Hacienda, 1935-1936*, op. cit., pp. 102-103, 190-94; Héctor José Vargas, *Memoria de Hacienda, 1938*, Litografía Colombiana: Bogotá, 1938), pp. 66-67, 70; Carlos Lleras Restrepo, *Memoria de Hacienda, 1939*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1939, pp. 126-29.

Alemania compró café en Colombia, Brasil y Costa Rica. Aunque ofrecían los mejores precios, los alemanes pagaban con su nueva moneda, el *aski-mark*, la cual no era convertible a otras divisas y así obligaban a sus socios comerciales a comprar productos germanos; véase Victor Bulmer-Thomas, «The Latin American economies», p. 100.

⁽²¹⁾ Véanse Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*, Procultura, Bogotá, 1981, pp. 79-80, 85-86; Vargas, op. cit., pp. 91-92.

⁽²²⁾ República de Colombia, *La política internacional*, op. cit., pp. 92, 99-100.

⁽²³⁾ Véase «Sobre la industria del tabaco y el capital extranjero», en Alvaro Tirado Mejía, compilador, *Estado y economía. 50 años de la Reforma del 36*, Contraloría General de la República, Bogotá, 1986, pp. 247-67.

⁽²⁴⁾ Carlos Lleras Restrepo, *Memoria de Hacienda, 1942*, Imprenta Banco de la República, Bogotá, 1942, Vol. II, pp. 122-128, y «El Instituto de Fomento Industrial», en *Nueva Frontera*, diciembre 17 de 1984, pp. 4-5.

⁽²⁵⁾ Lleras Restrepo (1942), op. cit., p. 130.

agricultores recibieron generosos incrementos en créditos subsidiados por parte del Estado⁽²⁶⁾. Y para disipar cualquier duda al respecto, Lleras Restrepo fue enfático en declarar que la defensa de los intereses de los cafeteros era «la condición primera y fundamental» de la política económica del gobierno⁽²⁷⁾. Por ende, el gobierno concedió a los cafeteros mayores subsidios, y se comprometió en un fuerte esfuerzo diplomático para aumentar las exportaciones de café⁽²⁸⁾. Además, Lleras Restrepo advirtió que no prohibiría la importación de ciertas manufacturas simplemente por la insistencia de los industriales en recibir mayor protección⁽²⁹⁾.

El segundo gobierno de López Pumarejo tampoco estaba en los mejores términos con los industriales⁽³⁰⁾. Como consecuencia de una mayor inflación, el gobierno diagnosticó que ésta se debía en buena parte al superávit comercial y a la abundancia de dólares que aumentaban la oferta monetaria en pesos. Por tanto, se recurrió a una serie de medidas económicas de tipo ortodoxo tales como la liberación de importaciones, restricciones al crédito comercial y congelamiento de parte de las

utilidades de empresas y de individuos de muy altos ingresos⁽³¹⁾. También, se facilitaron los trámites para las importaciones de productos como tejidos de algodón y lana⁽³²⁾. Además, los grandes industriales no olvidaban que durante la primera administración de López, la reforma tributaria había afectado sus intereses. Tampoco olvidaban la tolerancia del presidente hacia la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, la cual incluía entre sus miembros tanto a liberales como a comunistas.

El líder del Partido Conservador, Laureano Gómez, había desatado una agria campaña en contra del Presidente a través de las páginas de *El Siglo*, periódico de derecha. Algunos escándalos que cubrían a miembros de la familia López se convirtieron en los principales temas de discusión tanto en la prensa conservadora como en el Congreso. Además, la política exterior del gobierno y su apoyo incondicional a los Estados Unidos molestaron a muchos conservadores que simpatizaban con las potencias del Eje, especialmente con Alemania. Esta actitud de muchos conservadores no se debía a supuestas afinidades raciales con el pueblo

⁽²⁶⁾ Lleras Restrepo (1942), *op. cit.*, p. 113.

⁽²⁷⁾ Carlos Lleras Restrepo, «Política económica y fiscal», en *Revista de Hacienda*, III (7), diciembre de 1941, p. 18. Lleras Restrepo también justificó el Tratado Comercial de 1935 con los Estados Unidos, ya que dicho convenio protegía el mercado cafetero en Norteamérica; véase su artículo «Los problemas de la economía antioqueña», en *Revista de Hacienda*, III (7), diciembre de 1941, p. 37. Años más tarde, el mismo Lleras Restrepo denunció el tratado cuando la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, lo contrató para que escribiese artículos pagados e intrigase ante el Congreso y el Ejecutivo a favor de los intereses de los grandes industriales colombianos; véase Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Tercer Mundo Editores - Ediciones Uniandes, Bogotá, 1992, capítulo 4.

⁽²⁸⁾ «La prima cafetera», en *Revista de Hacienda*, II (5), julio de 1940, pp. 95-99. Véase también Carlos Lleras Restrepo, «La futura política cafetera», *El Tiempo*, abril 1 de 1941.

⁽²⁹⁾ Lleras Restrepo (1939), *op. cit.*, pp. 67-68, 134.

⁽³⁰⁾ Varios autores, erróneamente, sostienen el argumento de las buenas relaciones entre López y los industriales. Véanse Miguel Urrutia, *Gremios, política económica y democracia*, Fedesarrollo y Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1983, p. 72; Gabriel Poveda Ramos, *Andi y la industria en Colombia, 1944-1984. 40 años*, Servigráficas, Medellín, 1984, p. 13; Fabio Echeverri Correa, *La industria. De los tiempos del proteccionismo a los de la apertura*, Intermedio Editores, Bogotá, 1991, p. 204.

⁽³¹⁾ Alfonso Araújo, *Memoria de Hacienda, 1943*, Imprenta del Banco de la República, Bogotá, 1943, pp. 22-23, 27-28.

⁽³²⁾ Véase Lane to the Secretary the State, abril 6 de 1944, NA: 103.9169/3187.

alemán (de hecho, muchos de los derechistas criollos eran mulatos o mestizos, incluyendo al mismo Laureano Gómez), ni meramente al resentimiento con el imperialismo norteamericano por el recuerdo de la separación de Panamá en 1903⁽³³⁾. Su posición también tenía que ver con el hecho de que muchos colombianos tenían negocios con empresas alemanas, o con la colonia de origen alemán en el país. Los alemanes eran prominentes en ciudades como Barranquilla y Medellín, donde operaban -como en otras partes de la nación- células muy activas del Partido Nazi. La embajada alemana, lo mismo que firmas de aquel país apoyaban económicamente a estos grupos en Colombia. Además, en Medellín existían fuertes capitales alemanes en el Banco Alemán Antioqueño, y las grandes fábricas textiles tenían necesidad no solamente de los productos químicos alemanes para procesar sus telas, sino que también ocupaban un buen número de técnicos germanos.

Entre 1942 y 1945, importantes segmentos de militares colombianos, un buen número de ellos simpatizantes nazis, participaron constantemente en planes e intentos de golpe de Estado en contra de López. Los militares derechistas recibían en muy buena parte inspiración de Laureano

Gómez. No era sorprendente tampoco que los conspiradores tuviesen gran apoyo de varios industriales antioqueños⁽³⁴⁾. Fue tanta la presión en contra del gobierno, que en 1945 el Presidente renunció a su cargo dejando el poder en manos de uno de sus ministros⁽³⁵⁾.

El historiador Luis Ospina Vásquez señaló que el programa proteccionista comenzó a ser considerado seriamente sólo hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando existía el temor en algunos sectores en el país, de que las manufacturas extranjeras invadirían la economía colombiana⁽³⁶⁾.

El anterior temor era compartido en el resto de América Latina por parte de muchos, quienes temían que la competencia extranjera ahogaría las empresas consolidadas durante la guerra⁽³⁷⁾. Además, la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas a fluctuaciones externas durante la Gran Depresión y la guerra hicieron pensar a muchos que esta debilidad se remediaba a través de la industrialización⁽³⁸⁾. Por último, convertirse en sociedad *industrializada* era convertirse en sociedad *civilizada*: así, el humo de las factorías representaba la modernidad y las plantaciones agrícolas eran la muestra del atraso y de una supuesta cultura primitiva.

⁽³³⁾ Véanse José de la Vega, *El Buen Vecino*, Voluntad, Bogotá, 1941, *passim*; David Bushnell, *Eduardo Santos y la política del Buen Vecino*, El Ancora Editores, Bogotá, 1984, *passim*.

⁽³⁴⁾ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *Colombia Nazi, 1939-1945*, Planeta Colombiana, Bogotá, 1986, pp. 285-339. Véanse también los folios para 1940-1944 y 1945-1949, National Archives, Washington, RG 59, 821.00. El mismo López Pumarejo manifestó en público que «... el jefe de la oposición conservadora revela espectacularmente que entre los industriales que han ofrecido su apoyo al Gobierno, hay quienes auxiliarían con dinero a los conspiradores»; véase Alfonso López Pumarejo, «Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional (Sesiones Extraordinarias), junio 26, 1945», en Jorge Mario Eastman, compilador, *López Pumarejo. Obras selectas. Segunda parte*, Cámara de Representantes, Bogotá, 1980, p. 628.

⁽³⁵⁾ Antes de su renuncia definitiva, López Pumarejo había solicitado varias licencias e incluso había presentado su renuncia la cual no le fue aceptada; véase Eastman, *op. cit.*, pp. 467, 474-475, 525, 525.

⁽³⁶⁾ Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Editorial La Oveja Negra, Medellín, 1974, capítulos 6-8 (La primera edición de este libro fue publicada en Bogotá en 1955).

David S. Chu también sostuvo que el gobierno colombiano «jugó un papel más bien pasivo en promover el desarrollo industrial» entre 1930 y 1945; véase David S. Chu, «The Great Depression and Industrialization in Colombia», en Albert Berry, compilador, *Essays on Industrialization in Colombia*, Center for Latin American Studies, Arizona State University, Tempe, 1983, p. 122.

⁽³⁷⁾ Miron Burgin, «Economic Development in Latin America. I. Commerce, Agriculture, and Industry», en Arthur P. Whitaker, *Inter-American Affairs 1945*, Columbia University Press, Nueva York, 1946, pp. 187-189.

⁽³⁸⁾ Sanford A. Mosk, «Issues in Inter-American Economic Relations», en Whitaker, *op. cit.*, pp. 108-109.

Llegamos así a Mariano Ospina Pérez, presidente conservador entre 1946 y 1950. En la década de los años treinta, Ospina había defendido una política de devaluación del peso como una forma de incrementar los ingresos de los productores de café⁽³⁹⁾. Por entonces, como acérrimo defensor de la división internacional del trabajo, Ospina insistió en que el futuro del país dependía de la expansión del sector cafetero, ya que él consideraba un «absurdo» que Colombia siguiese los mismos pasos hacia la industrialización como lo habían hecho los Estados Unidos y Europa Occidental. Consecuente con dicha perspectiva, este multimillonario cafetero consideraba que los campesinos no debían abandonar el campo y que debían permanecer cultivando la tierra en donde supuestamente podían tener control del proceso completo de la siembra, la cosecha y la comercialización. De acuerdo con su visión, laborar en el campo era una mejor alternativa al trabajo mecánico y rutinario en las fábricas, el cual –según él– «atrofiaría» la iniciativa y la inteligencia del pueblo colombiano⁽⁴⁰⁾.

Como presidente electo, Ospina aceptó que «el factor decisivo» en su elección fue el fuerte apoyo del sector cafetero. Pero el mismo Ospina (consciente del creciente poder económico de los industriales), reconoció entonces que en su programa de gobierno debía existir cierta protección al sector manufacturero, y citó como ejemplo las ideas de Alexander Hamilton, Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, quien desde finales del siglo XVIII había implementado una política proteccionista a favor de la incipiente industria norteamericana⁽⁴¹⁾.

Después de este cambio de opinión, para Ospina la máquina industrial ya no era alienante. Aún más, de acuerdo con su nueva versión, la máquina simplificaba la tarea del trabajador, le ayudaba a desarrollar su personalidad, hacía su trabajo «amable» e «interesante», incrementaba su productividad y contribuía a mejorar su nivel de vida⁽⁴²⁾.

Pero a pesar de su invocación de las ideas de Hamilton, y su nueva percepción de la máquina industrial, Ospina era muy enfático en afirmar que él condicionaba la protección a los industriales, en la medida en que ésta no afectase los intereses de los agricultores y mientras que los manufactureros estuviesen dispuestos a utilizar materias primas nacionales en la elaboración de sus productos⁽⁴³⁾.

Reitero que la protección a la industria no era un «objetivo nacional» durante el período en discusión. Por el contrario, los intereses de empresas e individuos involucrados en el negocio del café, lo mismo que los intereses de los grandes comerciantes importadores y exportadores, prevalecieron sin mayor oposición hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

La Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial habían beneficiado a los industriales con una protección prácticamente accidental. Pero al tiempo que la guerra llegaba a su fin, los grandes industriales comenzaron a temer que las manufacturas extranjeras inundasen el país, excluyéndolos del negocio, o al menos forzándolos a reducir el muy alto nivel de ganancias del cual gozaban. En consecuencia, el tema del proteccionismo se convirtió en el más candente e importante asunto de debate sobre la política económica en Colombia en

⁽³⁹⁾ Mariano Ospina Pérez, *Carta abierta del Dr. Mariano Ospina Pérez. Los cafeteros, el gobierno y los partidos políticos. A los hombres de trabajo del país*, Editorial Minerva, Bogotá, 1934, p. 10.

⁽⁴⁰⁾ Mariano Ospina Pérez, *Carta del Doctor Mariano Ospina Pérez al Doctor Alfonso López. La política cafetera de Colombia*, Editorial Minerva, Bogotá, 1934, pp. 11, 14-15, 19-20.

⁽⁴¹⁾ Véanse Jaime Sanín Echeverri, *Ospina supo esperar*, Andes, Bogotá, 1978, p. 18; Mariano Ospina Pérez, *Obras Selectas*, Cámara de Representantes, Bogotá, 1982, p. 257.

⁽⁴²⁾ Mariano Ospina Pérez, *La política de Unión Nacional. El Programa*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1946, p. 155.

⁽⁴³⁾ Ospina Pérez (1982), *op. cit.*, pp. 257-58; Ospina Pérez (1946), *op. cit.*, p. 73; Hugo Velasco A., *Mariano Ospina Pérez*, Editorial Cosmos, Bogotá, 1953, p. 250; *El Tiempo*, marzo 26 de 1946.

la segunda mitad de los años 40. Además, el asunto acerca de quiénes tendrían acceso a las divisas provenientes de las exportaciones (básicamente café), divisas que eran administradas por la Oficina de Control de Cambios, también se convirtió en tema de agudas disputas y conflictos entre industriales, cafeteros y comerciantes.

La gran burguesía industrial, a través de la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, se comprometió en una vigorosa campaña a favor del proteccionismo a ultranza. A través de sus campañas, los industriales pretendieron identificar sus intereses particulares con los de la nación entera, alegando que la protección defendería no sólo a sus industrias sino también los intereses de todos los colombianos.

Esta campaña de la ANDI buscaba contrarrestar los planes norteamericanos de un comercio sin barreras. Este plan se asociaba con el nombre de William Clayton, subsecretario de Estado norteamericano para Asuntos Económicos. Clayton era socio de una muy importante firma que para 1940 controlaba el 15% de la producción mundial de algodón. A pesar de su oposición inicial al *New Deal* de Roosevelt, Clayton empezó a apoyarlo desde que Cordell Hull proclamó su política de libre comercio. Clayton creía que los Estados Unidos debían liderar el mundo basados en la productividad de su economía y en la abolición de las barreras comerciales⁽⁴⁴⁾. Combatir el libre cambismo del llamado «plan Clayton» se convirtió en uno de los lemas de batalla de los industriales colombianos.

Como parte de su campaña proteccionista, y de sus esfuerzos por mantener sus utilidades y aumentar su poder político, el grupo industrial contrató los servicios de conocidos periodistas e intelectuales y presionó económicamente a los principales periódicos y cadenas de radio del país para que orientasen sus políticas editoriales y sus «informaciones» económicas hacia la defensa de la «industria nacional»⁽⁴⁵⁾. Además, la ANDI contrató también los servicios de un selecto grupo de políticos, la mayoría de ellos ex ministros y congresistas, para que presionasen a favor de sus intereses ante el poder ejecutivo y el Congreso⁽⁴⁶⁾.

De otra parte, Mariano Ospina no estaba a favor de los intereses industriales sobre los de los otros grupos económicos, como he señalado antes. Pero, a medida que la rivalidad partidista entre liberales y conservadores se volvía más aguda y violenta, Ospina tuvo que contar cada vez más con el apoyo de Laureano Gómez y de la gran burguesía industrial⁽⁴⁷⁾.

A finales de los años 40, la creciente influencia de los poderosos industriales sobre el poder ejecutivo se vio reflejada también en el manejo de la política comercial de Colombia, la cual cayó en manos de los directivos de la ANDI. Incluso el ministro de Hacienda de Ospina, Hernán Jaramillo Ocampo, quien –por razones familiares y regionales– se había comprometido fuertemente con los cafeteros en los comienzos de su vida profesional, se vio obligado a ceder con renuencia a las exigencias de los industriales⁽⁴⁸⁾.

⁽⁴⁴⁾ Véanse Fredrick J. Dobney, compilador, *Selected Papers of Will Clayton*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1971, pp. 2-8; Diane B. Kunz, *America's Cold War Economic Diplomacy*, The Free Press, Nueva York, 1997, p. 19.

⁽⁴⁵⁾ Sáenz Rovner (1992), *op. cit.*, capítulo 3.

⁽⁴⁶⁾ *Ibid.*, capítulo 4.

⁽⁴⁷⁾ *Ibid.*, capítulo 9.

⁽⁴⁸⁾ *Ibid.*, capítulo 10. La evidencia documental, presentada en el anterior trabajo, refuta la afirmación de Marco Palacios quien sostiene que las actuaciones de Jaramillo Ocampo eran una muestra de cómo la «burguesía industrial... en la posguerra cimentaría sólidamente sus intereses con los del grupo agroexportador cafetero»; véase Marco Palacios, «El café en la formación del capitalismo colombiano: notas», en Edgar Revéiz, compilador, *La cuestión cafetera. Su impacto económico, social y político. Colombia, Costa Rica, Costa de Marfil*, CEDE, Universidad de los Andes, Bogotá, 1980, p. 112.

Algunos autores, como Salomón Kalmanovitz y Mario Arrubla, han sugerido que las contradicciones entre la vieja burguesía cafetera exportadora-importadora, y la gran burguesía industrial explotaron en la guerra civil de los años 40 y 50 conocida como *La Violencia*. Desafortunadamente, ninguno de estos dos autores elaboró más allá esta hipótesis⁽⁴⁹⁾.

La existencia de grupos diferentes dentro de la burguesía colombiana es también reconocida por Daniel Pécaut, quien señala una segmentación en el seno de la élite a mediados de este siglo entre los industriales, de una parte, y un eje de exportadores, importadores y cafeteros, de otra⁽⁵⁰⁾. Estoy de acuerdo con la descripción de Pécaut sobre la élite de la época, pero no comparto su argumento de que «[se podía] constatar un gran acuerdo entre los diversos sectores de la burguesía cuando se trataba de políticas económicas», y que cuando existían «fricciones» entre ellos, éstas, según Pécaut, no se veían reflejadas en los conflictos

políticos de la época⁽⁵¹⁾. Por tanto, yo sugiero que los conflictos sobre problemas económicos no eran simples «fricciones», y que los dos partidos, Liberal y Conservador, se distanciaron aún más tanto en asuntos políticos como financieros. Los ataques del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán contra la burguesía industrial y la ANDI en diciembre de 1947, lo mismo que la consolidación para 1949 de un frente anticonservador y antiproteccionista dentro de la mayoría del Partido Liberal, no fueron tampoco simples coincidencias⁽⁵²⁾.

Además, Ospina declaró el estado de sitio, estableció una dictadura *de facto*, y cerró un muy beligerante Congreso cuando los liberales amenazaron en noviembre de 1949 con juzgarlo a él y a su gobierno. Este último acontecimiento facilitó la elección como presidente sin ninguna oposición, del aún más derechista Laureano Gómez. Así mismo, en junio de 1950 se aprobó por decreto presidencial la imposición de nuevos aranceles altamente proteccionistas que favorecían los intereses de los industriales⁽⁵³⁾.

⁽⁴⁹⁾ Véanse Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, La Carreta, Medellín, 1977, pp. 187-88, 192; Salomón Kalmanovitz, «La transición según Mc Greevey. Una interpretación alternativa», en Instituto de Estudios Colombianos, compilador, *Historia Económica de Colombia. Un debate en marcha*, Banco Popular, Bogotá, 1979, p. 60.

⁽⁵⁰⁾ Daniel Pécaut, «La constitution des Gremios en instance quasi-gouvernementale: L'exemple colombien dans les années 1945-1950», en *Revue française d'Histoire d'Outre-Mer*, 65 (1979), No. 244-245, pp. 333-34.

⁽⁵¹⁾ Pécaut (1980), *op. cit.*, p. 494. Sin presentar evidencia documental, varios autores sostienen que había una «temprana alianza entre los intereses agroexportadores e industriales» en asuntos económicos. Véanse Gabriel Misas, *Empresas multinacionales y Pacto Andino*, Fines, Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1983, pp. 25-28; Consuelo Corredor, *Los límites de la modernización*, Cinep, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1992, pp. 82-86. Este tipo de análisis equivocado también lo encontramos en Jorge Orlando Melo, «La república conservadora (1880-1930)», en Arrubla et al., *op. cit.*, p. 86 (La reedición de este escrito no incorpora la literatura reciente; véase Jorge Orlando Melo, «La república conservadora», en Melo, coordinador, *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995).

⁽⁵²⁾ Tampoco estaría de acuerdo con la afirmación de Bernardo Tovar Zambrano cuando sostiene: «... la intervención del Estado [en Colombia] correspondía a la creación de las condiciones generales de acumulación que requería la modernización capitalista del país». Esta intervención estatal se inclinaba, según él, «A favorecer los diversos sectores de la economía o si se quiere, del capital en su conjunto, pero sin entrar a ser el instrumento de un interés en particular de un sector, fracción o gremio». Véase Bernardo Tovar Zambrano, *La intervención económica del Estado en Colombia, 1914-1936*, Banco Popular, Bogotá, 1984, pp. 10-11, 233.

⁽⁵³⁾ Sáenz Rovner (1992), *op. cit.*, capítulos 6, 7, 9 y 10.

- * -

A pesar de las diferencias partidistas, y de los conflictos sobre problemas económicos, existió en Colombia un consenso entre empresarios, el Partido Conservador y la mayoría del Partido Liberal en reprimir el movimiento sindical independiente, perseguir a sus líderes - sobre todo si éstos eran comunistas- y debilitar y purgar a la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, de sus elementos progresistas y más beligerantes⁽⁵⁴⁾.

Laureano Gómez asumió la presidencia, remplazando a Ospina Pérez, el 7 de agosto de 1950 en un agudo clima de represión política y laboral. El nuevo presidente quería tener una relación más cercana con los Estados Unidos donde era percibido como un dictador fascista y antinorteamericano. En esta percepción influían tanto sus antiguas simpatías hacia las potencias del Eje, como su hispanismo, su franquismo y su legendario disgusto por la democracia anglosajona.

Entonces, y para disipar cualquier duda, Gómez dio su apoyo incondicional a la política exterior del gobierno de los Estados Unidos y a su papel en Corea, el cual describió como «[un] heroico esfuerzo para

salvar la civilización... la libertad y la dignidad de los hombres que la tiranía comunista quiere destruir»⁽⁵⁵⁾.

Además de la participación de tropas colombianas en Corea (que se había iniciado a finales del gobierno de Ospina Pérez)⁽⁵⁶⁾, Gómez contribuyó a mejorar las condiciones para la inversión de capitales norteamericanos en Colombia, ofreció una serie de estímulos para la exploración petrolera en el territorio nacional e invitó a las compañías petroleras a que hicieran sugerencias para una nueva ley de petróleos que fue aprobada en noviembre de 1950⁽⁵⁷⁾. Esta legislación, que las compañías extranjeras encontraron muy favorable, estimuló grandemente la extracción de petróleo en el país⁽⁵⁸⁾. Los norteamericanos aceptaron los aranceles que protegían al viejo sector manufacturero colombiano a cambio de concesiones en el sector petrolero y estímulos a la inversión extranjera.

Hay que anotar que tanto el movimiento laboral independiente como la izquierda se equivocaron al esperar una alianza con una supuesta burguesía industrial «progresista». En esta equivocada percepción fue muy influyente la posición de Vicente Lombardo Toledano de la Confederación de Trabajadores de América Latina, CTAL, quien

⁽⁵⁴⁾ La persecución a la CTC, por ejemplo, fue coordinada por Carlos Lleras Restrepo y la embajada norteamericana en Bogotá. Véanse Eduardo Sáenz Rovner, «Documentos sobre el X Congreso Nacional de la CTC en 1950 y la persecución sindical en Colombia», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 18-19, 1990-1991, pp. 309-335; Sáenz Rovner (1992), *op. cit.*, pp. 112-113.

⁽⁵⁵⁾ *The Chicago Tribune*, agosto 8 de 1950.

⁽⁵⁶⁾ Sobre el papel de Colombia en la guerra de Corea y las negociaciones que condujeron al envío de tropas colombianas al país asiático, véase Carlos Heriberto Urán, «Colombia y los Estados Unidos en la Guerra de Corea», *The Hellen Kellog Institute for International Studies*, University of Notre Dame, Working Paper, No. 69, mayo de 1986, *passim*.

⁽⁵⁷⁾ Véanse Beaulac to Secretary of State, enero 5 de 1950, NA: 821.2523/1-550; Beaulac to Department of State, octubre 18 de 1950, NA: 821.2553/10-850; Colombia - Annual Petroleum Review for 1950, NA: 821.2525/4-3051; Jorge Villegas, *Petróleo, Oligarquía e Imperio*, El Ancora Editores, Bogotá, 1982 [1968].

⁽⁵⁸⁾ El viraje a la derecha, tanto en Colombia como en el continente, nos ayuda a entender el clima que se dio en las negociaciones que llevaron a la formación de la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, en el período de la posguerra. Las negociaciones de esta transición fueron sostenidas entre el gobierno colombiano, la multinacional norteamericana, la misión diplomática de los Estados Unidos en Bogotá y capitalistas colombianos, en particular algunos industriales de Medellín. El movimiento sindical, debilitado tanto por la represión que siguió a El Bogotazo en 1948 como por la persecución a la CTC en 1950, no tuvo casi nada que ver con la formación de la nueva compañía. Se equivocan entonces aquellos autores

predicaba la alianza de los movimientos populares con las facciones nacionalistas y progresistas de la burguesía industrial para buscar así la soberanía nacional y el desarrollo económico en el continente⁽⁵⁹⁾. De hecho, la burguesía industrial colombiana fue aliada de los grupos de derecha dentro del Partido Conservador durante el período que se analiza en este escrito⁽⁶⁰⁾.

El viraje a la derecha en Colombia, y la apertura a capitales norteamericanos mezclada con represión sindical, no fue un caso idiosincrático. Los eventos

económicos y políticos sucedidos en Colombia en el período de la posguerra se colocan en el marco de tendencias a nivel del continente. Dos libros recientes, el primero compilado por Leslie Bethell e Ian Roxborough, el segundo compilado por David Rock, estudian la evolución de América Latina en la década de los años 40. Ambos trabajos señalan tendencias generales y presentan estudios de caso sobre diferentes países latinoamericanos⁽⁶¹⁾.

Según estos dos libros, los años 40 presentaron dos fases en América Latina.

que consideran que los trabajadores tuvieron un papel primordial en la creación de ECOPETROL. Las negociaciones que condujeron a la creación de ECOPETROL las hemos analizado en Eduardo Sáenz Rovner, «Los orígenes de la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL: Conflictos y negociaciones», en Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Santander, *Fronteras, regiones y ciudades en la historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1993, pp. 295-311. La investigación de archivos del escrito anterior se realizó en The National Archives of the United States (Washington), Archivo de la Presidencia de la República (Bogotá), Actas de la Junta Directiva de ECOPETROL (Bogotá), Archivo ANDI (Medellín).

Entre los escritos que exageran el papel de la clase obrera en la fundación de ECOPETROL, véanse Gustavo Almario Salazar, *Historia de los trabajadores petroleros*, Centro de Estudios del Trabajo, Bogotá, 1984; Julio E. Carrascal, *Petróleo y soberanía nacional*, Graficoop, Bogotá, 1989; Alejo Vargas Velásquez, *Magdalena Medio Santandereano. Colonización y Conflicto Armado*, Cinep, Bogotá, 1992; Unión Sindical Obrera, USO, Subdirectiva de Barrancabermeja, *Conferencia sobre inducción sindical*, USO, Barrancabermeja, 1993.

⁽⁵⁹⁾ Véanse Vicente Lombardo Toledano, *La C.T.A.L. ante la guerra y la posguerra*, n.e., Ciudad de México, 1945; Robert P. Millon, *Mexican Marxist. Vicente Lombardo Toledano*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1966. Sobre el tema, Mario Arrubla señaló en 1963 el carácter reaccionario de los industriales colombianos; véase Arrubla (1977), *op. cit.*, pp. 192-194. Poco después, André Gunder Frank criticó la «estrategia política de apoyar» a ciertas fracciones «progresistas» de la burguesía «para completar la revolución democrático burguesa». Frank fue aún más explícito en sus ataques a los «viejos partidos comunistas», los cuales «establecen sus programas y alianzas con la burguesía [nacional] bajo la premisa que la revolución burguesa está aún por hacerse»; véase André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967, pp. x, 270.

⁽⁶⁰⁾ Así, yo estaría en desacuerdo con la literatura sociológica que ve las asociaciones empresariales como un elemento democratizador de la vida política y social en Colombia; para ejemplos de este tipo de literatura, véanse Urrutia, *op. cit.*; Jorge P. Osterling, *Democracy in Colombia. Clientelist Politics and Guerrilla Warfare*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1989. Otros autores no escapan a este tipo de aproximación e internalizan el discurso retórico de los empresarios; véanse Fernando Botero Herrera y Diana Luz Ceballos, *Andi cincuenta años 1944-1994*, Asociación Nacional de Industriales, ANDI, y Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, FAES, Medellín, 1994; Miguel García Bustamante, *Fenalco 50 años. Momentos e Imágenes*, Fenalco, Bogotá, 1996; Poveda Ramos, *op. cit.*; Oscar Rodríguez Salazar, «Interés gremial y regulación estatal. La formación de la Federación Nacional de Comerciantes, 1945-1970», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 23, 1996, pp. 171-218. A propósito, también se ha escrito una «nueva historia» política oficial, en la cual, aunque se utiliza un lenguaje que en ocasiones suena marxizante, en el fondo se produce una historia liberal donde sus autores tratan de encontrar «las facciones progresistas de la burguesía» para eventualmente casarse con ella.

⁽⁶¹⁾ Desafortunadamente, ninguna de las obras mencionadas incluye un estudio de caso sobre Colombia.

La primera, que coincidió con la Segunda Guerra Mundial y la victoria de los aliados, trajo tres fenómenos interrelacionados: 1) la democratización con participación de la clase media y la clase trabajadora, 2) el florecimiento de la izquierda, y 3) gran militancia laboral. Durante este período, Washington se distanció de los gobiernos dictatoriales en el continente.

La segunda fase coincidió con los comienzos de la Guerra Fría cuando los movimientos laborales y los partidos de izquierda fueron reprimidos y excluidos de la política, los partidos reformistas se derechizaron, y el proceso hacia la democracia se frenó. La coyuntura de la posguerra fue determinada en América Latina tanto por fuerzas domésticas como por el impacto de un contexto internacional rápidamente cambiante. Los Estados Unidos no sólo establecieron sus reglas de juego en el ámbito económico, sino que también lideraron una cruzada anticomunista y antisindical tanto en su país como en el extranjero. Este esquema aplicado en América Latina, estableció las bases institucionales e ideológicas para un modelo de crecimiento económico autoritario y sin equidad⁽⁶²⁾.

Así como Colombia no fue ajena a las tendencias en el continente durante los años 30, tampoco fue la excepción en los años 40 y en el período de la posguerra.

La peculiar historia bipartidista en el país, incluida *La Violencia*, se enmarca en el proceso discutido en los libros de Rock, Bethell y Roxborough: la legislación reformista y el sindicalismo organizado empezaron a ser perseguidos efectivamente en la segunda mitad de los años 40; el Liberalismo terminó en manos de la derecha del partido, la cual, a pesar de sus diferencias con los conservadores, apoyó las políticas antisindicales del gobierno. El mismo gobierno conservador terminó cerrando el Congreso, recortó severamente las garantías constitucionales, y se convirtió en una dictadura *de facto* en los últimos meses del gobierno de Ospina Pérez. El gobierno norteamericano, que durante la Segunda Guerra Mundial se había distanciado de los gobiernos dictatoriales en América Latina, terminó aceptando el gobierno autoritario de Laureano Gómez a cambio de su anticomunismo y sus concesiones a la inversión extranjera en Colombia.

Tal y como señalamos al comienzo de este escrito, las comparaciones pertinentes con otros países latinoamericanos nos ayudarán a entender que la historia de Colombia durante el segundo tercio de este siglo, a pesar de sus peculiaridades, tiene un buen número de puntos en común con desarrollos en otras naciones del continente.

⁽⁶²⁾ Véanse Leslie Bethell e Ian Roxborough, compiladores, *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992; David Rock, compilador, *Latin America in the 1940's. War and Postwar Transitions*, University of California Press, Berkeley, 1994. Charles D. Ameringer aplica un esquema similar al utilizado en los dos trabajos anteriores en su estudio *The Caribbean Legion. Patriots, Politicians, Soldiers of Fortune, 1946-1950*, The Pennsylvania State University Press, University Park, Pennsylvania, 1996.

El viraje a la derecha en América Latina fue analizado por el escritor colombiano Germán Arciniegas a comienzos de la década de los años cincuenta. A pesar de utilizar en ocasiones un lenguaje anticomunista y antisindical, propio de la época, ésta es una obra pionera sobre el período en cuestión; véase Germán Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo*, Planeta, Bogotá, 1996 [1952]. Sobre las campañas antisindicales y el viraje a la derecha con la participación activa de los empresarios en los Estados Unidos, véanse Elizabeth Fones-Wolf, *Selling Free Enterprise. The Business Assault on Labor and Liberalism, 1945-60*, University of Illinois Press, Urbana y Chicago, 1994; Robert Griffith, «The Selling of America: The Advertising Council and American Politics, 1942-1960», *Business History Review*, vol. 57, No. 4, 1983, pp. 288-312, y «Forging America's Postwar Order: Domestic Politics and Political Economy in the Age of Truman», en Michael J. Lacey, compilador, *The Truman Presidency*, Woodrow Wilson International Center for Scholars y Cambridge University Press, Nueva York, 1989, pp. 57-88.

COLOMBIA

ENCUENTRO DE DOS MUNDOS

BOGOTÁ ABRIL DE 1992

DISEÑADO POR MARTA GRAMADOR



III FESTIVAL IBEROAMERICANO DE TEATRO